MANUEL MONCAYO

8084

EL PADRE CURA

ZARZUELA

en un acto y en prosa, original

MÚSICA DEL MAESTRO

MANUEL PENELLA

30

Copyright, by Manuel Moncayo, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

EL PADRE CURA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL PADRE CURA

ZARZUELA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL MONCAYO

música del maestro

MANUEL PENELLA

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el día 9 de Abril de 1908

LIBRERÍA DE J. BONMATI E HIJO
BUEN ORDEN 2
BUENOS AIRES

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1908

AL NOTABLE Y VETERANO PRIMER ACTOR

Don José Mesejo

Testimonio muy vivo y muy sincero de respeto, admiración y cariño.

Manuel Moncayo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FERMINA	Srta. Palou.
CARMEN	
ALCALDESA	Moreu.
EL PADRE IGNACIO	Sr. Mesejo.
ROQUE (alcalde)	Moncayo.
DON VENANCIO	Ruiz de Arana
TOLENTINO	Manzano.
VICTORIANO	Carrión.
EULOGIO	Soriano (A.)
ROMÁN	Medina.
GABINO	Moreno.
SECRETARIO	Gordillo.
RAFAEL	
JUAN	Gadea.
CABO DE MIQUELETES	Sánchez.
MOZO 1.º	Picó.
UN MOZO	Gadea.
UN CHICO	N. N.

Coro general

La acción en un pueblo de Bilbao.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Plaza de una aldea próxima á Bilbao. A la izquierda fachada de iglesia pobre; sobre la puerta un San Luis de piedra. Una escalinata da acceso á la puerta, que será practicable. En primer término banco de piedra. A la derecha, primer término, casa con puerta practicable. En último término arboleda, iniciando un camino y en su principio un poste en forma de cruz con un letrero que dice: «Carretera de Bilbao». Al fondo, hondonada que cubre la arboleda y á lo lejos vista de la ría de Bilbao, viéndose grandes chimeneas de fundición. En último término un cable metálico (cuerda), cruzará la escena de parte á parte, con inclinación suficiente para que los cubos de mineral, empujados desde la derecha, crucen la escena rápidamente y desaparezcan por la izquierda. Es de día con sol. Los cubos serán lanzados cuando el ejemplar lo indique.

ESCENA PRIMERA

El PADRE IGNACIO. Luego VENANCIO. Coro de Hombres, interno

(A los pocos compases del número sale el Padre Ignacio de la iglesia con un jarro de agua y lentamente va regando las plantas y flores que crecen en macetas adosadas á la fachada de la iglesia.)

Música

CORO (Dentro)

Este sol del mes de Julio
no debiera quemar tanto

671479

y correr como una bala
y no salir tan temprano.

—

Niebla de Bilbao
llega con el viento
y fórmale un toldo
á los jornaleros;
que empieza el trabajo
y este sol de Julio
nos está abrasando.

Hablado

P. Ig. (Mirando hacia donde se oye el Coro.) ¡Razón tenéis, que bajo el sol de Julio no es posible trabajo humano!

Ven. (Por su casa, la de la derecha.) Vamos á la mina. (¡Don Ignacio!... ¡Mal encuentro pa tan temprana hora!)

P. Ig. ¡Hola, Venancio! ¿A dónde tan de mañana?

Ven. A la mina voy; no quiero perder de vista á los jornaleros. Esta mañana han holgado mucho y cuando no me ven échanse el alma á la espalda y el trabajo al tiempo.

P. Ig. ¿Y crees que tu presencia les hará trabajar más?

Ven. ¡Naturalmente!

P. Ig. ¡Pobrecillos! ¡Lástima da verlos en la mina, que más bien parece infierno de alma pecadora!

Ven. ¿Y qué? ¿Acaso no trabajé yo como ellos en estas mismas montañas?

P. Ig. Sí, ciertamente.

Ven. Pues déjeles que trabajen como yo trabajé. ¡Que piensen! Que ahorren, y algún día llegarán á donde yo he llegado.

P. Ig. ¡O no llegarán, Venancio! Ellos piensan á su modo, ahorran lo que pueden, pero ninguno hallará en su camino la protección que tú encontraste.

Ven. (Amoscado.) ¡Vaya, eso es echarme en cara la que hizo usted por mí!

P. Ig. ¡No, por Dios! Yo no te echo en cara lo que

hice por tí, ni aun quiero recordarlo. ¡Jamás de la semilla que planté en las almas esperé el fruto! Lo que quiero es que te compadezcas de esos desgraciados, que con su trabajo arrancan á la tierra el mineral que te enriquece.

VEN. Paréceme que está usted predicando en desierto. (Medio mutis.)

P. IG. Pues por tí lo siento.

VEN. Yo no necesito consejos de nadie; me bastan los años. (Vase.)

P. IG. (Con pena.) ¡Vé con Dios y que El te guarde! No es el mismo, ha cambiado su alma.

ESCENA II

El PADRE IGNACIO, CARMEN, EULOGIO, ROMÁN y MOZO 1.º Vienen por el último término derecha dando fuertes voces. Carmen, que viste de gitana pobre, sale á remolque de los mozos, que á empellones la conducen á la presencia del Padre cura

CAR. (Desde dentro.) ¡Por Dió!... ¡Por la Virgen!.. ¡Por vuestros hijos!...

P. IG. (Sobresaltado.) ¡Qué pasa! ¡Qué es eso! (Aparecen todos.)

EUL. Echa pa delante, que á la ría vas á ir de cabeza.

P. IG. ¡Eh!

MOZO 1.º ¡Ladrona, más que ladrona; á la cárcel vas á ir!

CAR. ¡Sortarme, que yo no he robao á naide!

P. IG. Pero, ¿qué es eso, muchachos?

ROM. (Bajando la voz y descubriéndose.) Perdone, padre, si venimos de este modo, pero es el caso que hallamos á esta gitana robando fruta en el camino.

P. IG. ¡Robando!

MOZO 1.º Sí, señor; y de su mismo huerto, padre.

CAR. Yo hablaré.

ROM. Cállate, mala pécora.

EUL. Nosotros habíamos pensao tirarla á la ría.

P. IG. ¡No, eso no, por Dios! ¿Tendríais valor para cometer semejante crimen?

ROM. Es una gitana, padre.

P. Ig. Es una mujer como las demás.

Mozo 1.º ¡Una ladrona!

Eul. ¡Y una condenada!

Car. ¡Eso no!... Dejarme *hablá.*

Eul. (Amenazándola.) ¡Si no callas!...

P. Ig. Vaya, muchachos, aplacad vuestra ira, moderar vuestras palabras y dejarla hablar. Todo delito tiene su defensa y justo es saber la suya; soltadla.

Eul. ¿Y si se escapa?

P. Ig. Soltadla, que no se irá; mi cariño la sujetará mejor que vuestros abrazos. (La sueltan.)

Car. (Con emoción.) ¡Pare cura!... (Pausa.)

P. Ig ¿Por qué callas?... Habla.

Rom. No sabe mentir.

P. Ig. Buena señal. Vamos, contesta sin miedo: ¿qué te guiaba por ese camino? ¿qué buscas en la paz de este pueblo?

Car. A mi Rafaé.

P. Ig. ¿A tu Rafael?

Car. Sí, señó; mi... *novio.* Salió ayer tarde de la carse de *Birbao* y por ese camino lo guió el hambre.

P. Ig ¿Y á qué viene aquí?

Car. A trabajá.

P. Ig ¿Es minero?

Car. No *ceñó*; es... es... (Indicando ladrón con los dedos.)

P. Ig. ¡Ladrón!

Car. Zí zeñó, ese es su ofisio.

P. Ig. ¿Y tú, por qué le buscas; por qué le sigues?

Car. Pa yorarle, pare; pa suplicarle por la Virgen Santa, que no sea asina, que trabaje. ¡El tié güenas manos!

Eul. (Con intención.) ¡Y tan buenas!

Car. Pero er pobresito, está emperrao con el robo. Pa él, er robá es un visio como er tabaco. ¡Er día que no ha robao argo, lo tié usté muriéndose de pena!

P. Ig. ¿Y tú le suplicas que no robe?

Car. Sí señó.

Rom. Diga usté que es mentira; ella, es tan ladrona como él.

Eul. Díganlo si no las manzanas de su huerto, padre.

ROM. ¿Por qué robabas la fruta?

CAR. ¡Por el jambre, que me jasía caé redonda en er camino!

P. IG. ¿Por hambre?

CAR. Sí, pare: ¡por jambre! De Birbao salí sin peaso e pan que llevarme á la boca; tomé carretera arriba, con esperanza de encontrá por er camino arguna güena arma que aplacase mi jambre y me diera fuersa pa seguir er camino. ¡Naide me jiso caso! Tos gorvían la cara al verme y me desían cosas que no entendía. Rendía de angustia, miraba pa los los laos der camino, buscando argo, na...¡ Los árboles, llenos de fruto, estaban separaos de mis manos por verjas de hierro y tapias mu artas. Asín estaban toítos los huertos y á cá uno de ellos una mardisión salía de mis labios. La esperansa, me jiso andá pa *elante* y ar fin mis ojos desfayesíos, vieron en una laera der camino un huerto, tan chico como la parma e la mano y más bonito que arfombra e moro. ¡No tenía verja!... ¡No tenía tapia!... Miré por tóos laos, naide me veía y entré. Un arbo chiquito, tenía la fruta al arcanse e mi mano; alargué er braso, dí un tirón fuerte, tóo el arbol tembló como si tuviera mieo y unas cuantas hojas cayeron roando como lágrimas. En mi mano tenía una mansana der coló e mi cara: ¡coló e vergüensa! La aserqué á mis labios y con ella maté la jambre y la sé que me mataba. ¡Este ha sío mi delito! (A los Mozos.) ¿Soy ladrona?... Pues si lo soy, castígueme usté, pare cura. (Queda llorando.)

P. IG. (Consolándola.) No, hija mía; no. Ese delito lo castigaría la ley, pero nunca la conciencia. (A los mozos.) Ya lo veis; robó por hambre.

EUL. (A sus compañeros.) (¡Hemos metido la pata!)

P. IG. Y ahora dejadla; dejadla que siga su camino, lleno de tristeza y de dolor.

ROM. Pues hasta luego, padre. (Medio mutis los tres Mozos.)

P. IG. Adiós, hijos míos.

EUL. (A Carmen.) Usted dispense el puñetazo. ¡Si

nos lo hubiera usted dicho antes... Pero, en fin, tome usted, á cambio del golpe. (Saca dinero.) Esto era para mi novia, pero antes es el hambre que las flores. Queden ustedes con Dios. (Mutis los Mozos.)

ESCENA III

CARMEN y el PADRE IGNACIO

Música

CAR. (Arrodillándose á los pies del Padre Ignacio.)
Perdón, pare cura;
perdón pa esta probe gitana inosente
que está de roiyas;
perdón pa mis culpas
y sárveme el arma igualitamente
que sarvó mi vía.
Permítame, pare, que bese su mano,
que ar besarla, siento
que juyen der cuerpo tóos mis pecaos.
(El Padre Ignacio, hace que se levanta, bondadosamente.)

—

Solita en er mundo,
sufriendo mis penas
miseria y dolores,
hoy siento que er yanto
me está hasiendo güena.
Me está hasiendo güena
y es durse er consuelo
de estar de roiyas,
besando su mano,
mirando pa er sielo.
Déjeme que yore;
¡por Dió se lo pío!
que cá lagrimita
que sale á mis ojos
su pena ha tenío;
su pena ha tenío
tan triste y tan honda.

Que no hay en er mundo miseria, dolores,
ni yanto, ni pena, que yo no conosca.
Déjeme que yore.
Adiós, pare cura.
Que Dios le bendiga, por su arma tan noble
que ha jecho esa acsión.
¡Que viva sién años!
Que er sielo le pague to er bien que *ma* hecho
su güen corasón.

ESCENA IV

DICHOS y RAFAEL que viene conducido por el CABO DE MIQUELETES. Este saca un burro del ronzal

Hablado

CABO (Gritando desde dentro.) ¡Anda pa delante, granuja!

CAR. (Viéndoles venir) ¡Dios mío, Rafaé! ¡Y preso otra vé! ¡Virgen Santa, qué esgrasia!

CABO (Dentro.) Vamos, aprisa.

P. IG. Pero, ¿es tu novio?

CAR. Er mismo, sí, señó; místelo, otra vé preso.

CABO (Saliendo.) Anda y no te pares, ladrón.

RAF. Por Dió, señó *generá*, no me yeve usté tan deprisa, que naide nos corre.

P. IG. (Al Cabo.) ¿Qué es eso, Pablo?

CABO Este pillo, que lo he cogido robando el burro del señor Alcalde.

CAR. ¡Pero otra vé, Rafaeliyo!

P. IG. ¿De manera que eres un ladrón?

RAF. No, señó curita, que yo soy inosente y premita Dió que se muera er señó, (Por el Cabo.) si yo he robao ná á naide.

CABO ¿Y aun lo niegas, habiéndote cogido cuando te llevabas al burro?

RAF. ¡Eso es farso!... ¡Mentira!... ¿Usté m'ha visto á mí montao en er burro?

CABO ¡Pues ya lo creo!

RAF. (Transición.) Pué era er burro er que se me yevaba á mí.

P. IG. (Sonriente y aparte.) ¡Valiente pillo!

CABO — Bueno, eso ya se arreglará en Bilbao. Echa pa alante.

CAR. — (¡Dios mío!)

RAF. — No; á Birbao, no, por su salú. Miste que he salío esta madrugá de la cárse y si güervo se van á creé que es mía la casa.

CABO — Y tan tuya. Conque, vamos deprisa, que hay que andar siete kilómetros.

RAF — ¿Y va usté á molestarse en andar siete *kilórmetros* por mi causa?... ¡Eso no lo permito yo!... ¡Po no fartaba má!... ¡Déjeme usté, que yo iré solo! ¡Po estaría güeno, home!... ¡Y con er caló que iase y con esa boina! (Por la que lleva el Cabo.) Ná, home, ná; que me voy yo solo.

P. IG. — (Haciendo medio mutis.) ¡Ja, ja, ja!

RAF. — ¡Padre, no se ría usté de mi desgrasia! (El Cabo intenta llevarse á Rafael, dejando al burro en escena.)

CAF. — ¡Por las yagas de Cristo, pare cura, que no se lo yeven!

RAF. — (Al burro.) Adió... adió, desagradesío. ¡Mira cómo me veo por tu causa!

P. IG. — Pero, ¿vais á dejar aquí al animalito?

CABO — ¡Es verdad!.. ¿Qué hacemos con él?

P. IG. — Devolverlo á su dueño.

CABO — Pero, ¿quién?

P. IG. — ¿Quién? (Señalando á Rafael.) ¡El!

CAR. / CABO — ¡El!

RAF — (Cómicamente.) ¿Yo?

P. IG. — Tú, sí; tú que lo has robado, lo devolverás ahora mismo al lugar de donde lo sacaste y luego, en compañía de esta pobre mujer, irás á Bilbao en busca de trabajo honrado. ¿Verdad que lo harás?

RAF. — Yo se lo juro, pare mío. ¡Y bendita sea esa boca, que con tres palabras, m'ha librao de la cársel! Venga er burro.

CAR. — La Virgen der Carmen se lo pague y le libre de tóo lo malo.

RAF — Que er Señó le consea tantos años de vía como días he pasao yo en la cársel (Al Cabo.) Y á usté lo mismo le *igo*.

CAR. (Besándole la mano.) Adió, buen pare.

RAF. (Idem.) ¡Adió, Pare Santo! (Hacen mutis por la derecha llevandose el burro.)

P. IG. (Satisfecho, bendiciéndolos.) Id con Dios.

CABO Padre, se cae usted de bueno.

P. IG. No, hijo, no es bondad; es justicia. ¡La justicia del perdón!

CABO (Saludando militarmente.) A la orden. (Mutis, fondo izquierda.)

P. IG. Adiós, Pablo, adiós.

ESCENA V

El PADRE IGNACIO y un CHIQUILLO

P. IG. ¡Pobres gentes!... ¡El hambre llevan por castigo!

CHICO (Por el fondo izquierda. Quitándose la boina.) Padre cura.

P. IG. ¡Hola, muchacho!

CHICO El señor Alcalde, que vaya usté á su casa, si puede.

P. IG. ¿Ocurre algo?

CHICO No lo sé, padre.

P. IG. Dile que ahora mismo voy.

CHICO Pues hasta luego. (Mutis el Chiquillo fondo izquierda, y el Padre Ignacio por la iglesia.)

ESCENA VI

VICTORIANO, EULOGIO, ROMAN y GABINO por el fondo derecha

VIC. Aquí mismo.

EUL. ¿Y qué nos jugamos?

ROM. Las parejas del baile.

GAB. Yo no tengo pareja.

EUL. Pués ganar la de este. (Por Román.)

VIC. (Por Román.) Este y yo pa vosotros.

EUL. Hecho. ¿Quién sale?

VIC. Yo. (Cogiendo la pelota y disponiéndose á hacer el saque.) ¿Va?

LOS OTROS Vaya. (Empiezan á jugar á la pelota en la fachada de la iglesia. En este momento aparece en la puerta el Padre Ignacio.)

ESCENA VII

DICHOS y el PADRE IGNACIO

EUL. Cuidao, padre, cuidao. (El Padre Ignacio se agacha evitando un pelotazo. Dejan de jugar.)

P. IG. (Avanzando.) ¡Pero, hijos míos, no jugar á la pelota en la fachada de la iglesia!

EUL. Daño no le hasemos, padre.

P. IG. Pero es un pecado y una falta de respeto. Además, ayer, sin ir más lejos, le dísteis un pelotazo al Santo que adorna la fachada, rompiéndole un dedo de la mano.

VIC. Verdad es, padre; que fáltale el que señalaba al cielo.

EUL. Eso no fué pelota: fué piedra.

P. IG. ¿Piedra?... ¿Y quién se atrevió á semejante profanación?... ¿Quién fué el malvado que sin temor de Dios, atentó en esa forma contra imagen tan sagrada?

VIC. Padre, yo no he sido.

GAB. Ni yo.

ROM. Ni yo tampoco. (Eulogio calla avergonzado.)

P. IG. (A Eulogio.) ¿Y tú, no dices nada?

EUL. (Cabizbajo.) Yo... padre...

P. IG. ¿Por qué callas?

EUL. Porque si hablo, á conoserme van que he sido yo.

P. IG. ¡Ah!... ¿Luego fuiste tú?

EUL. No, padre; *fuelo* la piedra, yo al Santo no *tirele*.

P. IG. No lo entiendo.

EUL. Parósele un pájaro en el dedo, la piedra cogí, tirele al pájaro, pájaro voló y dedo cayó roto.

P. IG. ¡Dios mío!

EUL. Culpa fué del pájaro que no se estuvo quieto.

P. IG. ¡Ilumina, Señor, este entendimiento!

EUL. (Arrodillándose frente al Padre.) ¿Me perdona, padre?

P. IG. (Levantándolo.) Te perdono por tu nobleza de alma. Pero, oye, hijo; otra vez caza los pájaros con red.

EUL. O con escopeta.

P. IG. ¡No, hijo, por Dios! Y si alguna vez tiras, procura ver lo que está detrás del pájaro.

EUL. Así quedo en hacerlo. (Le besa la mano.)

P. IG. Bueno; adiós, hijos míos, voime á casa del Alcalde, que me llama. Y no juguéis más; descansad, que tiempo tendréis esta tarde para rendiros en el baile.

VIC. Esa mano, padre. (La besa.)

ROM. (Lo mismo.) Padre, hasta luego.

P. IG. Adiós, hijos míos, sed muy buenos. Adiós. (Vase último término izquierda.)

ROM. (Mirándole alejarse.) ¡Mírale, mírale! ¡Y qué bien lleva sus ochenta años!

EUL. ¡Santo lo es!

ROM. Más que muchos de los altares.

VIC. Joven y rico vino á la aldea; viejo y pobre está. Todo lo gasta en hacer bien á los que mal le quieren.

EUL. Mal nadie le queremos, digo.

VIC. Alguien le envidia y envidiarlo no es bien quererlo, que la envidia es un árbol que da por frutos las malas *acsiones*.

EUL. ¿Y qué pueden envidiarlo, su pobresa?

ROM. ¿Su parda sotana llena de remiendos?

GAB. ¿Su carga de años limpia de pecados?

VIC. No es por eso. Envidia le tienen de ver que todos le queremos y como á santo de carne y hueso veneramos.

ROM. Pues por mal sendero se mete el envidioso.

GAB. ¡Caer no puedo en quién sea!

EUL. Por saberlo diera el mismo dedo que rompile al santo.

VIC. Pues volveros la *cabesa*, que por allí viene. (Señalando último derecha.)

ROM. ¡¡Don Venansio!!

VIC. ¡El mismo!

EUL. ¡Pero si ese no es cura!

VIC. ¡Que tiene que ver! De los curas vive, pero no de curas de sotana vieja. ¿Bajaste á Bilbao y no viste iglesias con torres muy altas?

EUL. Vílas, y en ellas capillas cuajadas de oro, con santos de gala y paños de seda, y asina de coches negros que á la puerta traían grandes señoras con ricos vestidos.

VIC. Pues de aquellas iglesias, palasios de Dios, lleva cuenta este don Venansio.

ROM. Ya caigo.

EUL. *¡Comprendiste!* Números que hace, venta de santos, negosio que lleva.

VIC. ¡Callar, que llega!

EUL. ¡Nunca le creí con cara tan pobre y bolsillo tan rico!

ESCENA VII

DICHOS y DON VENANCIO fondo derecha

VEN. *Ama Begoñakoa* os guarde, muchachos.

VIC. Y ella nos libre de la mala gente.

VEN. ¿Sabéis si ha salido de la iglesia don Ignacio?

EUL. ¿Nuestro padre?

VEN. No, don Ignacio.

EUL. Pues nuestro padre; aquí no lo conocemos por otro nombre.

VEN. (Con mal humor.) Bueno, vuestro padre; ¿salió?

VIC. No hase sinco minutos. Dijo que el señor Alcalde le llamaba y allí fuese.

VEN. (¡Ya sabrá la noticia!) Está bien, muchachos. ¡Que el cielo os guarde! (Medio mutis hacia el fondo izquierda.) ¡Ah! (Volviendo.) se me olvidaba: á las tres llegarán los carros para conduciros á Bilbao.

VIC. ¡A Bilbao!... ¿A qué?

VEN. ¿No sabéis que hay procesión?

EUL. Sí, lo sabemos.

VEN. Pues debeis ir á cumplir con ese santo deber.

VIC. Justo es cumplirlo, pero aquí, en nuestra

aldea, tenemos romería y fiesta, y no es cosa de dejar la hoguera por el mendrugo.

VEN. Es que en Bilbao hacéis más falta. Los republicanos quieren impedir la procesión por la fuerza, y vosotros sois jóvenes, fuertes y llenos de fe.

VIC. Sí, señor; llenos de fe, aquí dentro, (Corazón.) pero no en los puños.

ROM. Mala procesión está la que recluta gente como para la guerra.

VEN. No es eso.

EUL. ¡Mire usté que buscar defensa para los santos!

VIC. (¡Busca la de él!)

VEN. No; yo busco la defensa de la religión y amor á Dios.

VIC. Pues idea es esa que no presisa defensa de nadie; se defiende sola, que el amor á Dios todos los hombres lo tenemos y nadie nesesita de los puños de otro, para bendecirle y adorarle.

VEN. (Contrariado.) ¡Está bien, está bien! ¿Luego no iréis?

VIC. No, señor; teniendo la fe en casa, no nesesitamos la del vesino.

VEN. Seguid, seguid el camino que os ha trazado vuestro padre. (Irónico.)

VIC. Sí, señor; y por él llegaremos al sielo.

ROM. Bien seguro.

EUL. Y antes que tú, que honradez y pobresa hasen camino llano.

VEN. (Con rabia contenida.) Quedad con Dios.

EUL. Con El estamos. (Venancio se va por el fondo izquierda desafiando á los mozos con su mirada; ellos lo desprecian.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos VENANCIO

VIC. ¿Vísteis lo que os desía?

GAB. Es un mal pajarraco.

EUL. Quiere deslusir nuestra fiesta.

ROM. No lo conseguirá.
GAB. Debemos advertirlo á todos.
VIC. Así se hará. Tú, Eulogio; llégate á la mina y corre la voz; deprisa. (Mutis Eulogio, fondo derecha.)
GAB. ¿Y yo, dónde voy?
VIC. Tú, á los hornos y avisas á los fundidores.
GAB. En seguía. (Mutis fondo izquierda.)
VIC. Y tú, (A Román.) que eres el más joven y el más guapo, corre la voz entre las mujeres, que serás servido.
ROM. Empezaré por las viejas. (Vase corriendo por la izquierda.)
VIC. No vas mal. Y ahora, yo, á la ría, que á los pescadores pronto se les convense. (Mirando al sitio por donde hizo mutis don Venancio.) No te saldrás con la tuya. Aquí habrá fiesta y será lucida. (Vase por el fondo derecha.)

ESCENA IX

FERMINA y TOLENTINO. Salen corriendo por el fondo derecha; él, detrás de ella, para poderla alcanzar

Música

(Corren por la escena, hasta el momento que se indica.)

TOL. ¡Qué te cojo, qué te cojo, qué te cojo!
FER. No me coges, no me coges, no me coges.
TOL. ¡Es que no te paras!
FER. Es que tú no corres.
TOL. Estate un momento
quieta y lo verás.
FER. Mientras llegas tú á este lado
yo ya estoy detrás.
TOL. Ahora no te escapas.
FER. Ahora si me escapo.
¿A qué no me atrapas?
TOL. A qué sí te atrapo.
(Corre tras ella y logra cogerla.)

—

Ya te he cogido, niña;
presa en mis brazos
al fin estás.

FER Déjame, Tolentino;
no aprietes tanto
y sé más formal.

—

TOL. Pronto serás tú mi esposa;
yo tu marido seré,
ya verás cuantas cosas
los dos casados
vamos á hacer.

FER. Y si tenemos hijitos
bailarles enseñaré
el baile de zortzico
que yo lo bailo muy bien.

TOL. Yo no lo sé bailar.

FER. Pues cópiame tú á mí
y sigue repitiendo
lo que te diga á tí.

—

(Se colocan y bailan hasta el final del número.)

FER. La de los mis amores
presa la tengo aquí.
Niña de ojos de cielo
no me hagas más sufrir,

TOL. (Imitando su baile, pero ridículamente.)
La de los mis amores,
etc., etc.

—

FER. Mírame que al mirarme,
todo mi cuerpo
siento temblar.

TOL. Mírame que al mirarme,
etc., etc.

FER. Pumba.

TOL. Pumba.

FER. Que yo tus labios
siento temblar.

TOL. Pumba.

FER. Pumba.

TOL. Que yo quiero besar.

—

LOS DOS — La de los mis amores,
etc., etc.

—

FER. — Baila, baila, Tolentino;
baila, baila, sin cesar.
TOL. — Dame, dame tu boquita
que la quiero yo besar.

—

(Ella huye; él, la persigue, la besa la mano y ella le pega un bofetón.)

ESCENA X

DICHOS; el SEÑOR ROQUE y VENANCIO

Aparecen por el fondo izquierda y quedan sorprendidos al ver la postura en que han quedado Fermina y Tolentino

Hablado

ROQUE — ¡Repollo! ¡Mi hija con él!
VEN. — ¡Carrasca! ¡Mi hijo con ella!
TOL. — (Asustado.) ¡Tu padre!
FER. — (Idem.) ¡Y el tuyo!... (Dirigiéndose á Roque.) ¡Padre!
ROQUE — ¿Qué estabas haciendo, mala hija?... No sabes que no quiero que hables con ese gazná-piro.
FER. — (Llorosa.) ¡Padre!
VEN. — (A Tolentino) ¿Qué hacía usted aquí? ¿No sabes que te tengo prohibido hablar con esa pazguata? (Dandole un pellizco.)
TOL. — ¡Ay!
VEN. — (Hipócritamente.) ¿Te has hecho daño, hijo mío?
TOL. — (¡Y aun me lo pregunta!)
ROQUE — Vamos, no regañe usté al chico.
VEN. — ¿Yo?... ¡Al contrario!... Si mi único placer es verle hablando con su hija de usted!
ROQUE — Lo mismo me pasa á mí; cuando veo á ésta,

con su chico, se me cae la baba. (Dándole disimuladamente una patada.) ¿Verdad, hija?

FER. Sí, es verdad; se le cae... (¡el alma á los pies!)

ROQUE Vete á casa... (¡que leña te llevarás!)

VEN. Hijo mío, ¿por qué no te vas á casa á estudiar?... Sí, hijito; ¿verdad que estudiarás?

TOL (Lleno de miedo.) ¡Todo lo que usted quiera! ¿Quiere usted que le dé un repaso al latín?

VEN. (Acariciándolo.) No, hijo; (el repaso te lo daré yo en cuanto vaya)

TOL. Bueno, hasta luego. (Vase por la casa derecha.)

FER. (Conteniendo el llanto.) Buenas tardes. (Vase fondo izquierda.)

ROQUE (Muy cariñoso.) ¡Adiós, hijito!

VEN. ¡Adiós, hijos míos!

ESCENA XI

ROQUE y VENANCIO

ROQUE (Fingiendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo se quieren estos muchachos.

VEN. (Idem.) ¡Ja, ja! ¡Mucho, mucho!

ROQUE ¡Ah! es que su hijo de usté se lo merece. Tan buen chico, tan estudioso, tan... tan... (¡Lástima de tiro!)

VEN. ¡Ah! ¿Pues y su hija? Tan guapa, tan formal, tan mujer de su casa, tan... (¡Y esas pulmonías que no vienen!)

ROQUE ¡Vaya, vaya con los chicos! (Todo este diálogo procurando engañarse uno al otro.)

VEN. Señor Roque, venga esa mano y apriete usted, que es la de un amigo.

ROQUE Lo mismo digo.

VEN. Usted ya sabe que mi único defecto es la franqueza.

ROQUE Como yo. Yo no sé callarme nada; lo que siento aquí dentro lo digo... (en seguida.)

VEN. Lo sé de sobra, y por lo mismo voy á hacerle á usted una pregunta.

ROQUE Dígala, mientras pienso la contestación.

VEN. (Con mucho misterio.) ¿Le entregó usted la carta de su ilustrísima á don Ignacio?

ROQUE (¡Te veo!) La entregué y la leyó.

VEN. ¿Y qué dijo?

ROQUE Decir nada dijo, pero al terminar, cayósele la carta de las manos y dos lagrimones salieron de sus ojos.

VEN. Está bien. ¿Luego dejará esta aldea pronto?

ROQUE ¿Qué remedio le queda con una orden de tanta altura? Y digame usté, don Venancio: ¿quién vendrá en su lugar?

VEN. Un sobrino mío que acaba de salir del Seminario; un talento, según me lo comunica el rector.

ROQUE (Caíste en el lazo.) Está bien don Venancio. Pues ánimo y á triunfar; pero sepa usté que si el pueblo se alborota ó se amotina, yo no me encargo de poner orden.

VEN. Bah; de eso me encargo yo. En fin, Roque, hasta luego; voy á escribir á su ilustrísima pidiendo la orden de traslado. Y muchas gracias por todo. ¡El cielo se lo premiará!

ROQUE Siempre paga con la misma moneda, pero da lo mismo: estos favores yo no los cobro, porque se los hago á un amigo.

VEN. A un amigo del alma.

ROQUE Sí, del alma. (Apretando los puños.)

VEN. ¡Adiós, Roque! (Mutis por la casa.)

ROQUE ¡Adiós, don Venancio!

ESCENA XII

ROQUE solo

¡Rayo que te parta! ¡Lobos que te coman! ¡Y qué hombre más malo!... A ese pobre viejo, á ese santo que adoramos, le debes todo lo que tienes y ahora ¿echarlo quieres de aquí porque te estorba? Pues no, y no; que aun me quedan brazos pa ponerte piedras en tu camino y cabeza pa pensar más mal que tú.

ESCENA XIII

ROQUE, el PADRE IGNACIO, ALCALDESA, el CABO, ROMAN y el SECRETARIO. Salen fondo izquierda, apoyado el Padre Ignacio en el Cabo para poder andar

CABO — Vamos, padre, siéntese usted aquí, descanse, que ya está en la puerta de su casa.

P. IG — Gracias, hijo. (Se sienta en el banco á la puerta de la iglesia. Los demás forman grupo en el centro.)

SEC. — Señor alcalde, á sus órdenes.

ROQUE — ¿Pensaste algo?

SEC — Una idea tengo.

P. IG. — (Llamándole.) Roque.

ROQUE — (Acercándose.) Mande usté, padre.

P. IG. — Te suplico que no se entere nadie de lo que pasa; sería un perjuicio para tí y para todo el pueblo.

ROQUE — Callaré, porque usté me lo manda. (Se reune al grupo.)

CABO — ¿Qué le pasa hoy al padre Ignacio? ¡Nunca vilo tan triste!

ALC. — Pena da verlo, siempre tan contento y hoy parece que se le cae el mundo encima.

ROQUE — No sé qué hacer para animarlo.

ROM. — ¿Queréis que le bailemos pa que se alegre?

ROQUE — No está pa bailes.

ROM. — Pues hay que alegrarlo.

ALC. — (Acercándose con los demás, menos Roque y Secretario.) Padre, ¿qué le pasa?

P. IG. — Nada, hija.

ROM. — ¿Está usté triste?

P. IG. — ¿Yo? No, si estoy muy contento.

SEC — ¡Pobre viejo; se nos va de las manos!

ROQUE — (Saliendo de su meditación.) ¡Ah, sí; ya está!

SEC. — ¿Se le ha ocurrido á usted algo?

ROQUE — ¡Sí; y muy grande! Fíjate: él va á mandarle una carta á su ilustrísima, pidiéndole la orden de traslado.

SEC. — ¿Está usted seguro?

ROQUE — El mismo me lo ha dicho. Pues bien, nos-

otros nos adelantamos y antes que llegue esa carta, mandamos nosotros otra firmada por todo el pueblo, pidiéndole justicia á su ilustrísima y una vez concedida llegará la de él y de nada servirá.

SEC. Pues voy en seguida á redactar la carta. Pero oiga usted: si el pueblo no sabe nada, ¿cómo va á firmar la carta?

ROQUE Firmas tú por todos y ya está arreglao. ¿No sabes los nombres y apellidos de todos?

SEC. Sí, señor, de cuando las elecciones.

ROQUE Pues bueno, hazte cuenta que estamos en elecciones y que hay que sacar triunfante á nuestro padre.

SEC. Comprendido. (Medio mutis fondo izquierda.)

ROQUE Oye: si está mi chica en casa...

SEC (Volviendo.) Allí la dejé leyendo.

ROQUE Dila que venga á ayudar al padre en la fiesta.

SEC Hasta luego. (Mutis.)

ROQUE Ya se me ocurrió lo que quería.

CABO Vamos, padre, no esté usté así.

ALC. Hoy es día de romería y de fiesta, y no es bueno que la pena le haga luto.

ROQUE Bueno, padre, le dejamos; ya nos estará esperando en el Romeral la comitiva y no es justo hacerles esperar.

P. IG. Sí, sí; no faltéis, no hagais tarde.

ROQUE Bueno; pero esté usté contento y espérenos como todos los años, con cara de Pascua, que todo se arreglará. ¿Oye usté? ¡Que todo se arreglará! (A los demás.) Vamos por las olivas. (Vase fondo derecha.)

CABO Adios, padre, hasta ahora mismo.

ALC. Hasta pronto. ¡Pobrecillo!

P. IG. Id con Dios, hijos míos.

ROM. Con El se quede. (Van haciendo mutis por el fondo derecha.)

ALC. Oye, tú, (A Román.) ¿qué le pasa?

ROM. No sé nada. (Desaparecen.)

ESCENA XIV

El PADRE IGNACIO. Luego FERMINA por el fondo izquierda

P. IG. (Viéndolos marchar.) ¡La romería!... Luego la fiesta... y más tarde, abandonar mi aldea para siempre... ¡Dios mío! ¿Quién será el culpable, quién?... (Reparando en la casa de Venancio.) ¿El?... No, imposible; él no puede ser, no debe serlo. Pero, ¿quién entonces?... Nadie, no; nadie. ¡Alejáos de mí, falsas sospechas! (Queda meditabundo.)

FER. (Saliendo con un libro en la mano.) Allí está; qué sorpresa le voy á dar. (Se acerca sin ser vista del Padre Ignacio, y colocándose detrás, abre el libro y lee con enfática entonación:)
«El cura del Pilar de la Horadada,
como todo lo da, no tiene nada.»
¡Ja, ja, ja! (Eecha á correr, colocándose á distancia.)

P. IG. ¿Qué ya es eso, chiquilla?

FER. Pues lo ve usted: un libro.

P. IG. Tráelo.

FER. ¡Enseguidita! Para que se quede usted con él, ¿verdad?

P. IG. ¡Yo!

FER. Usted, sí; que libro que me coge, ya no le veo más. ¿Adonde están todos mis libros, que no me los ha devuelto?

P. IG. Hechos cien mil pedazos.

FER. ¿Y por qué los ha roto usted?

P. IG. Porque su lectura es inmoral y perniciosa, y no debo consentir que tú los leas. ¡Esos libros no debe leerlos nadie!

FER. ¿Y usted sí, ¿verdad?

P. IG. Yo no los leo.

FER. Pues entonces, ¿cómo sabe usted que son inmorales?

P. IG. Por el título, por los grabados... y por algún párrafo que otro que salta á la vista. ¡Eso! ¿A tí te parece decente el título de la novela que leías ayer?

FER. *¿La maja desnuda?*

P. IG. Sí, esa. ¿Puede haber algo culto en una obra que empieza de esa manera?

FER. Tiene razón, padre; no leeré más esos libros. Pero este, sí; son versos de Campoamor, todos muy morales y muy bonitos.

P. IG. ¿Bonitos y empiezan hablando de un cura? ¡Sabe Dios cómo acabarán!

FER. Sí, habla de un cura, pero es de un cura muy bueno, muy bueno. ¡Más bueno que usted. (¡Anda, para que te chinches!)

P. IG. ¿Más bueno que yo?

FER Sí; más, mucho más.

P IG. Déjamelo ver.

FER No, no; que se quedará usted con el libro.

P. IG. No, hija; si es que quiero saber...

FER. Sí, ya lo sé; quiere saber quién es ese cura más santo que usted, ¿no es verdad?

P. IG. Sí, eso es, á qué te voy á engañar.

FER. Bueno, pues se los voy á leer. (Se sienta á su lado y abre el libro.)

P IG. No, no, que lees muy mal, hija mía.

FER. ¿Que yo leo mal? Ahora va á verlo (Hojeando el libro.) «El amor es un niño...» No, no es este, padre. Aquí está; atencion y fíjese bien en lo que dice. (La lectura de la poesía queda al buen gusto de la artista, pero siempre con sencillez y sin la actitud dramática exagerada.)

Idilio

«El cura del Pilar de la Horadada,
como todo lo da, no tiene nada.
Para él, no hay más grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría,
lleva paz de alquería en alquería;
y siendo indiferente
á la necia ambición de los honores,
se ocupa de los grandes solamente
cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo y vestido de sotana,
cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
pardas las medias de algodón que lleva,

y en todo el magisterio de su vida
solo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias, cuando reza, á un Dios tan bueno
que cría los rosales y el centeno;
y llama sus orgías á las cenas
en que prueba la miel de las colmenas.
Reparte á los chiquillos
las almendras que lleva en los bolsillos
y les da un golpecito en las mejillas,
más dulces que una almendra, á las chi-
[quillas.
Da á los pobres los higos de su higuera,
que nació sin plantarla, en donde quiera;
y si al vérselos dar uno por uno
—¿qué guardas para tí?—le dice alguno,
responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el grande:—¡La esperanza!—
Así con tanto amor y pudor tanto
el cura del Pilar de la Horadada,
es, según viene la ocasión rodada,
ya ermitaño, ya cuákero, ya santo.»

—

(Durante la lectura, el Padre Ignacio va exaltándose, contemplándose retratado en los versos y á su terminación, saca el pañuelo y se enjuga las lágrimas.)

¿Qué le parecen los versos: son bonitos? Pero... ¿qué es eso... está usted llorando?

P. Ig. No, no lloro; es la emoción, la alegría, ¡la inmensa alegría! de contemplar mi retrato en los versos del poeta. Porque ese soy yo; ¿verdad que soy yo?

Fer. Sí, padre: aún es usted mejor. (Abrazándole.)

P. Ig. Gracias, hija, gracias.

Fer. Vaya, padre, la romería va á llegar; vámonos pronto adentro, que no es justo recibirlos en la puerta.

P. Ig. Sí, hija, vamos pronto; ayúdame.

Fer. (Ayudándole á levantarse.) ¡Arriba los valientes!

P. Ig. (Levantándose.) ¡Ajajá!

Fer. Ahora, venga el brazo, padre, que los muchos años necesitan de los pocos.

P. Ig. Tómalo.

Fer. Así, como los novios. Y que rabien los mo-

zos y las mozas, ¿verdad? (Van haciendo mutis lentemente hasta el final de la escena, para desaparecer por el interior de la iglesia.)

P. IG. ¿Llevas el libro?

FER. Aquí está.

P. IG ¡No lo pierdas!

FER. ¡No!

P. IG. ¡Ni lo rompas!

FER. ¡Menos!

P. IG. Y esta noche me lo leerás otra vez.

FER. ¡Muchas veces!... Hasta que se lo aprende de memoria.

P. IG. ¿Verdad que soy soy yo?... ¿Verdad que sí?

FER. ¡Sí, padre; este es usted!... Y si no lo es usted, debiera serlo. (Desaparecen.)

ESCENA XV

ROQUE, el CABO, GABINO, ALCALDESA, CORO GENERAL, Tamborilero y Dulzainero. Luego el SECRETARIO

Música

Este número se empezará dentro, foro derecha, y á su tiempo salen formando comitiva en la forma siguiente: Roque, delante, llevando á su izquierda al Cabo; detrás el Dulzainero y Tamborilero; luego la Alcaldesa y detrás el Coro de Señoras en dos filas, llevando en las manos ramos de flores y detrás el Coro de Caballeros con ramos de oliva y romero. Cruzan la escena, entrando en la iglesia

CORO (Dentro.)

Dios te Salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo
y bendita tú eres,
etc., etc.

—

UNA VOZ (Tenor.)

¡Virgen del Valle!
¡Madre de Dios!
¡Oh, Reina del cielo!
Protégenos.

¡Oye á tus hijos!
¡Escucha su voz!
¡Oh, Santa Virgen!
Protégenos.

—

TODOS ¡Virgen del Valle!
(Salen á escena y atraviesan.)
etc., etc.

—

(Dentro ya de la iglesia.)
¡Dios te Salve, María!
etc., etc.

Hablado

SEC. (Saliendo primera izquierda con un gran pliego de papel en la mano; Roque, al verle, se separa y avanza al proscenio.) Aquí está.

ROQUE Tráela. (Abre y lee.) Está bien; ¿pero aquí sólo firman los hombres?... Y las mujeres, ¿no firman?

SEC. Es que las mujeres no votan, señor Alcalde.

ROQUE Pero bien conocéis el nombre de todas.

SEC. De memoria, señor Alcalde.

ROQUE Pues hay que ponerlas; eso le gustará mucho al señor Obispo.

SEC. Pues venga el pliego, que pronto firmará todo el sexo débil. (Mutis por donde salió.)

ROQUE Pero pronto, que el tiempo vuela.

SEC. (Al hacer el mutis, pero que se entienda.) Soy un rayo.

ROQUE (Entrando en la iglesia.) ¡Qué lástima que no cayeras en donde yo sé! (Mutis.)

ESCENA XVI

TOLENTINO, de la casa

Mi padre está escribiendo en su despacho y no me ha visto salir. Aquí está la carta para ella. (Sacando una carta del bolsillo.) Son cuatro

letras, pero qué letras: ¡arden! (Leyendo.) «Cielo mío: tú eres para mí, lo que para la mar los peces. Sin tí no vivo, rica. Tú eres mi vida, mi alma, mi corazón, mi...» (Viendo aparecer á Venancio en la puerta de la casa.) ¡Mi padre! (Oculta la carta.)

ESCENA XVII

TOLENTINO y VENANCIO de la casa

VEN. ¿Qué haces aquí?

TOL. (Azoradísimo.) Pues... pues que oí campanas y salí á ver lo que pasaba.

VEN. ¿Entraron todos?

TOL. Sí, señor.

VEN. Pues bien, toma esta carta y en la yegua que ya está preparada, llegas á Bilbao y se la entregas á Su Ilustrísima en su propia mano.

TOL. (¡Maldita sea!)

VEN. ¿Qué dices?

TOL. Nada, padre.

VEN. Pues anda deprisa que no hay que perder tiempo. Hasta luego. (Entra en la iglesia.)

ESCENA XVIII

TOLENTINO; luego, EULOGIO por primera izquierda

TOL. ¿Conque á Bilbao y ahora mismo y sin entregar esta carta á mi novia? Pues no señor; yo entiego primero ésta, que ésta, (Por la suya y la que le ha entregado el padre.) eso, porque primero es mi novia que Su Ilustrísima. Pero, ¿y si no se la puedo dar en toda la tarde? (Viendo salir por la primera izquierda á Eulogio que se dirige á la iglesia.) ¡Calla, Eulogio! ¡Este es mi salvación! Eulogio.

EUL. (Deteniéndose.) ¡Hola, señorito!

TOL. ¿Vas á dentro?

EUL. Sí, señorito.

TOL. Pues me vas á hacer un favor muy grande.

EUL. Lo que diga el señorito.

TOL. Que entregues á la señorita Fermina esta carta. Yo me voy en la yegua á Bilbao á entregar esta otra al señor obispo. Mucho ojo y hasta luego. (Mutis fondo derecha.)

ESCENA XIX

EULOGIO. Luego, ROQUE, por la iglesia y el SECRETARIO, primera izquierda (1)

EUL. (Reflexionando.) ¡En la yegua á Bilbao y á ver al obispo!... ¿Qué será, pues? ¡Ah, cáigote ahora lo que han contádome!

ROQUE (Saliendo.) ¡Pero ese Secretario como tarda tanto!... Oye, Eulogio: ¿has visto al Secretario?

EUL. No, señor; pero paréseme que por allí viene. (Señalando por donde sale.)

ROQUE Sí, él es.

SEC. (Sale corriendo.) Ya está todo hecho, señor Alcalde; aquí está.

ROQUE Venga y á llevarla á Bilbao corriendo. Tú mismo vas á ir, Eulogio.

EUL. ¿Yo?

ROQUE Tú, sí; ahora mismo vas escapao á mi cuadra, sacas la burra y á buen trote te plantas en Bilbao y entregas esta carta al señor secretario del obispo.

EUL. ¿Otra?

ROQUE ¡Qué otra ni qué demonios! Hay que ganar tiempo y tienes que estar allí, antes que llegue la carta de don Venancio.

EUL. ¿De don Venansio?... ¡Ay, señor alcalde!

ROQUE ¿Qué pasa?

EUL. Que perdido el tiempo tenemos.

---

(1) Durante esta escena y hasta el momento que se indica en el diálogo, pasan de izquierda á derecha, por el cable tendido, los tres cubos de mineral con rapidez vertiginosa.

SEC. ¿Cómo?

EUL. Que el hijo de don Venansio, salió con otra carta de su padre.

SEC. ¡Demonio!

ROQUE (Lleno de rabia.) Se nos ha adelantao, estamos perdidos. ¡Maldita sea!

SEC. ¿Y no podías tú ganar la distancia?

EUL. Poder, no puedo, que lleva ventaja mucha y va en la yegua, que corre como el viento.

ROQUE (Colérico.) Yo, yo me tengo la culpa. (En este momento pasa uno de los cubos.) ¡Ah!

SEC.
EUL. } ¿Qué pasa?

ROQUE Nos hemos salvado. ¿Quién recibe los cubos en los Hornos?

EUL. Ramón Irzueta; con él antes hablé.

ROQUE Venga la carta; venga un lápiz.

SEC. Pero, ¿qué va usted á hacer?

ROQUE Ganarle la partida, llegar antes. (Escribe deprisa en el sobre.) «Entrega esto á sus señas sin perder minuto. Roque».

SEC. Pero, ¿qué va usted á hacer? (Roque se dirige hacia el cable precipitadamente.)

EUL. Ya comprendo.

ROQUE (A Eulogio, mirando hacia la izquierda.) Uno viene; toma la carta y súbete en mis hombros. Vamos, aprisa. (Eulogio se sube en los hombros de Roque aproximándose al cable y en este momento cruza precipitadamente, depositando Eulogio la carta en el cubo, que desaparece por la derecha.)

EUL. ¡Bay, bay, bay! ¡Como, corre! (Baja de sobre Roque.)

ROQUE Permita Dios llegue como un rayo.

SEC. Qué velocidad lleva por el barranco.

ROQUE Aun se le ve y no quisiera ya verle. Corre, condenado, que llevas contigo el alma de todo este pueblo.

SEC. Ya se perdió de vista. ¡Gracias á Dios!... ¡Ya voy creyendo, padre, que tú haces milagros!

ESCENA XX

DICHOS, el PADRE IGNACIO, DON VENANCIO, FERMINA, la ALCALDESA, VICTORIANO, GABINO, ROMAN, el CABO, MOZOS, MOZAS, TAMBORILERO, DULZAINERO y CORO GENERAL

Música

Repique de campanas y salen todos de la iglesia, el Padre Ignacio, con Fermina, Alcaldesa y el Cabo forman grupo sentados en el banco; Eulogio entrega á Fermina, á escondidas, la carta que le dió Tolentino. Roque en el centro de la escena con todo el Coro y el Dulzainero y Tamborilero en el fondo. Venancio, solo á la derecha, en la puerta de su casa. Mucha alegría

TODOS
Terminó la romería
dando gracias al Señor,
por los bienes que á la aldea
le concede con amor.

—

UNOS
Tras la romería
costumbre es bailar.

OTROS
Si el señor alcalde
permiso nos da.

ROQUE
No hace falta eso,
podéis empezar;
formar las parejas,
cantar y bailar.

—

(Se forman las parejas y bailan el Zortzico hasta el final del número.)

—

CORO (Bailando.)
Cuando bailo contigo
siente alegría
todo mi ser.
Mueve ese cuerpo { garrido mozo / garrida moza }
muévelo;

mira que cuando { bailas conmigo / bailo contigo
huyen las penas del corazón.

—

ELLOS

Mírame, que al mirarme
muero de amor por tí;
mírame, que al mirarme
siento tu alma dentro de mí.
Mírame, que al mirarme
muero de amor por tí.
Niña de mis amores,
tú me haces muy feliz.

—

TODOS (Formando rueda.)

Terminó la romería
dando gracias al Señor,
por los bienes que á la aldea
le concede con amor.

(Gran algazara. Tiran las boinas al alto. Mucha alegría.)

Hablado

CABO Pero, ¿qué es eso, padre, qué os pasa? (Cubriéndole con su figura.)

FER. Parad, parad; venid, que el padre se pone malo. (Todos se acercan formando grupo menos Venancio, que queda solo.)

ROQUE ¡Recontra! Vamos, padre, no nos asuste. ¿Qué le pasa?

EUL. ¿Será un mareo?

ROQUE No es un mareo, no; es una infamia lo que así le tiene.

VIC. ¡Una infamia!

ROQUE Sí, muy grande.

MOZO 1.º Queremos saber cuál es.

VARIOS Sí, sí.

ALC. ¡Mala cosa será cuando se oculta!

ROQUÉ No se oculta, que á decirla voy, y á bien que ganas tenía yo de hablar claro.

P. IGN. No, Roque, no.

ROQUE Déjeme, que cansao estoy ya de poner men-

tiras en mis palabras. Sabed todos los que me oís, y sabed bien, que á éste, nuestro padre, nos lo quitan llevándoselo á otro pueblo.

CABO ¡Cómo! (Estupefacción en todos.)

P. IGN. No, no lo creais, no es cierto.

ROQUE Sí es cierto; nos lo quitan.

VARIOS No, no.

EUL. ¡Eso no pué ser!

CABO No lo consentimos.

TODOS ¡Eso, eso!

EUL. Este es nuestro padre y de aquí no saldrá, aunque lo mande quien lo mande.

VIC. Nosotros todos le defenderemos.

TODOS Sí, sí, todos.

ROQUE (A Venancio, que escucha avergonzado.) Ya lo oye usté, don Venancio; ya ve usté cómo toda mala idea no echa fruto en almas nobles.

P. IGN. (Asombradísimo.) ¡¡El!!

EUL. ¡Ah! pero, ¿es don Venancio? (Murmullos en todos.)

P. IGN. (Saliendo á su defensa.) No, no es él; mentira. ¡El no puede ser, es imposible! ¿Verdad que no, Venancio?... ¿Verdad que tú no puedes cometer conmigo tal infamia? Contesta, Venancio, contesta.

VEN. (Sin levantar la cabeza.) No.

P. IG. Ya lo oís, no fué él.

ROQUE ¿A que quedo yo por embustero?

P. IG. Él no puede ser; él es bueno, ¿verdad?

ROQUE Pero mire usted que...

P. IG. Calla, Roque, y compadécete de él: ¿no ves cómo está sufriendo?...)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, TOLENTINO, JUAN y un MOZO

TOL. (Fondo derecha.) ¡Ay, ay, ay!

TODOS ¿Qué pasa?

ROQUE ¿Qué es eso?... (Salen conduciendo Juan y el Mozo á Tolentino, en mangas de camisa.)

VEN. (Al verlo.) ¡Mi hijo!... Pero, ¿qué ha pasado?

JUAN Pues que veníamos nosotros de Bilbao con una carta del Secretario del Obispo para el padre cura, cuando encontramos al señorito en mitad del camino, amarrao á un árbol y en esta forma. (Le entrega la carta al Padre Ignacio.)

VEN. Pero, ¿quiénes fueron los infames?...

TOL Un gitano, padre; un gitano muy feo, que me robó la yegua y todo cuanto llevaba... ¡Ay! (Quejándose.)

P. IG. ¿Un gitano?

CABO Ya sé quién es; voy en su busca.

ROQUE (Aparte al Cabo.) No lo busques, que el que roba á un ladrón, ya conoces lo demás.

VEN. (A los mozos, por su hijo.) Llevadle dentro.

TOL ¡Ay, ay!... (Los mozos le conducen dentro de la casa.)

MOZO Vamos, señorito, que sólo ha sido el susto.

ALC ¿Y qué dice la carta, padre?

ROQUE Léala usté, padre; léala. (Silencio y expectación.)

P. IG. (Después de leerla y casi llorando.) Dice... dice... que me quede aquí mientras viva. ¡Dios se lo pague á Su Ilustrísima!

ROQUE ¡Viva el Obispo!

TODOS ¡Viva!

ROQUE Fuera, padre, ese nublao de pena y vuelva á salir el sol de la alegría.

EUL. Sí; y á bailar y á cantar. (Alegría general.)

VIC. ¿No sentís alegría, Padre?

P. IG. Sí, pero tengo pena de no ser joven.

FER ¿Por qué, padre?

P. IG. Para bailar yo también.

TODOS ¡Ja, ja, ja!

FER. Padre, ¿no véis el entusiasmo; no véis cómo todos le queremos?

P. IG. Sí, hija; todos, todos, menos aquél, (Señalando la casa de Venancio.) el que todo me lo debe.

FER. ¿Y por qué se lo dió usted, tonto? ¡Si en este mundo no se puede dar nada! Bien claro lo dice el verso: que...

«El cura del Pilar de la Horadada,
como todo lo dió, murió sin nada».

P. Ig. ¡Y qué importa morir en la pobreza,
si el amor de mi pueblo es mi riqueza!
No, hija mía, yo pienso de este modo:
con mi fe y vuestro amor, lo tengo todo.

(Música. Algazara, alegría, y telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

NOTA

A los empresarios del teatro de Apolo D. Enrique Arregui y D. Luis Aruej; á D. Vicente Carrión, como actor y director; á los maestros, apuntadores y á los artistas que tan brillantemente consiguieron el éxito de esta obra, damos las más expresivas gracias por el interés y cariño demostrado en favor nuestro y de este humilde trabajo.

MANUEL MONCAYO.

MANUEL PENELLA.